

SECCIÓN INTERNACIONAL  
**CUERPO Y TECNOLOGÍA<sup>1</sup>**

ROSSANA FILOMARINO

---

Coreógrafa, directora de la Compañía Drama Danza, Premio Nacional de Artes 2018 y Creadora Emérita del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (México).

Quisiera compartir unas breves reflexiones acerca de cuáles son los retos que enfrenta la danza en este tiempo de pandemia, de este coronavirus que nos está dejando en una orfandad y en una incertidumbre total. El mundo está de cabeza, pero nosotros, los que hacemos danza ¡tenemos que estar de pie!

Quise titular esta brevísima charla como "Cuerpo y tecnología", pero me di cuenta que no es el cuerpo el sujeto, sino el cuerpo que danza: porque la tecnología ha hecho maravillas en otras disciplinas del cuerpo, pero no así –creo– en la nuestra. Tal vez porque en la danza existe el problema de que la misma fisicalidad del cuerpo es la expresión y es el contenido.

En estos tiempos de confinamiento por la pandemia, todos los maestros han volcado su sabiduría en la pantalla, aprendiendo el uso de nuevas tecnologías o cambiando metodologías al tratar de adecuar sus clases a esta nueva situación. Sin embargo, por la falta de espacio, la falta de presencia, la falta de trabajo colectivo, la falta de manipulación en las correcciones y muchos otros etcéteras, el resultado no es equiparable a una clase impartida en salón. La danza, como todo sabemos, es contacto físico, es presencia; la danza, como decía la gran Marta Graham, "se transmite de piel a piel".

Entonces, mi modesta opinión, es que a través de la pantalla sí es posible entrenar al bailarín, pero que difícilmente se le puede enseñar. Es muy factible organizar las secuencias y las formas y pasos ya conocidos en nuevas maneras que sean transmisibles a distancia, a través de la pantalla. Creo que se está logrando mantener un entrenamiento efectivo en casi cualquiera disciplina dancística: claro, está el problema del espacio, ¡que no es un problema menor!

Al entrenar en espacios reducidos se elimina una de la maravilla de la danza: la utilización del espacio, de cómo adueñarse y penetrar en él, de cómo llenar la distancia con la energía de una manera casi mágica, de cómo apropiarse de su dimensión temporal.

Es posible organizar secuencias interesantes, atractivas y muscularmente eficientes para los ejecutantes, pero el enseñar no es solamente eso: enseñar el sentido del movimiento sin la reciprocidad con el ejecutante, encauzar su emoción sin su respuesta física y orgánica, es muy difícil. El movimiento no nace solo de la acción física, nace también de los impulsos internos motivados por una emoción profunda y/o de una memoria corporal, transmitida de generación en generación, mas, sobre todo, de la inteligencia física de la cual casi no tenemos conciencia.

Por otro lado, todos los maestros sabemos que una corrección no debe de ser solamente entendida sino que debe ser sentida; aunque ahora esté prohibido (por un falso respeto) el tocar el cuerpo de un bailarín, esto resulta muy importante para enseñar a sentir el correcto mecanismo y funcionamiento del cuerpo y sus motores. La danza, recordemos, es una conjunción de fisicalidad e intelectualidad, razón por la cual no podemos limitar al intelecto la generación de nuevos aprendizajes. ¿Qué hacer entonces?

Nos falta un buen trecho por recorrer antes de que podamos regresar a una normalidad de entrenamiento y de enseñanza. Yo no tengo la respuesta –obviamente–, solo una sugerencia: tratar de infundir, aunque sea a través de los medios virtuales, lo que es el espíritu vital de una clase, donde el aprendizaje se basa en la observación de mis compañeros y no en su ausencia, donde el ser visto es entendido como una manera de estar juntos y no como un acto de exhibición.

Creo muy importante crear estímulos emotivos que permitan ir más allá de las posibilidades del cuerpo en ese preciso instante de la trasmisión, de compartir la energía vital que se expresa en el movimiento, significándolo de valores humanistas. ¿Cómo? Creo que sólo orientando a los participantes a reflexionar sobre lo que el movimiento significa para cada quien en ese preciso instante, impulsando la reacción primaria del movimiento estimulada por una emoción o por un recuerdo físico. Es decir, una vez más trabajar con lo que es la profundidad y la universalidad del movimiento y no solamente con las formas. ¿Cómo? Eso depende de la cultura del maestro y de los intérpretes, de su edad y entorno social, de la

sensibilidad individual, de la preparación en general, etcétera. No hay recetas, como bien sabemos, porque es parte de la creatividad del maestro que, en la mayoría de los casos, estará ligada a su quehacer artístico y visión del mundo.

En cuanto a la enseñanza de la coreografía o a su realización profesional, el problema no es muy diferente. En estos días he visto un sinnúmero de estudios de jóvenes solistas que tratan de expresar su inquietud a través del movimiento en pequeños trabajos, para difundirlos en las redes sociales. Realmente ha sido una inundación mundial de pequeños solos, lo cual puso de manifiesto la imperiosa necesidad de comunicación de los jóvenes y de una actividad que los saque del aislamiento.

Observé trabajos de diferentes partes del mundo y me asombró su gran parecido: todos realizados con el tipo de movimiento en boga y con propuestas temáticas mínimas. Casi todos buscaron –por causa de fuerza mayor– la novedad en la utilización del espacio, elemento fundamental en la coreografía, lo cual fue muy ingenioso y a veces muy notable. Sin embargo, al pasar a la pantalla, el movimiento pierde su carga energética y pierde eficacia. En la mayoría de los casos se trató de expresar, utilizando elementos de lenguajes conocidos, la soledad, el encierro, el enojo, el miedo y todos los sentimientos derivados de la pandemia; casi siempre ausente alguna motivación profunda que se refiriera al otro. Me explico mejor. En mi práctica docente de la coreografía, acentué la necesidad de expresión de un punto de vista, hago énfasis en que el arte no se hace para uno mismo si no para comunicarse con el otro.

Con las nuevas tecnologías y el *fast track* de la virtualidad, la danza se está volviendo un acto complaciente con uno mismo y más que una creación que ponga en duda los asuntos existenciales del hombre, parece ser la expresión de una emoción muy particular y muy personal de un malestar, pero que no trasciende hacia el otro; entonces se percibe en la realización casi exclusivamente el beneficio individual, acercándose mucho a la danza terapia. Mi sugerencia en este campo es utilizar las nuevas tecnologías, pero con la búsqueda de un lenguaje propio, donde a partir de una idea o de una emoción profunda que necesitamos compartir, indefinida pero que sabemos compartida por otros, se recorran caminos nuevos.

Buscar lenguajes que fundan la tecnología con el cuerpo, que no repitan los lenguajes de la videodanza o del cine o de la fotografía; lenguajes que respondan a las exigencias del momento de incertidumbre, de vacío, de interrogantes y de miedos causados por la pandemia del coronavirus.

Que sean nuevas expresiones del sentir actual, que podamos encontrar utilizando el proceso de plantear una hipótesis para luego tratar de confirmarla a través de la verdadera experimentación; trabajar entonces intensamente los resultados obtenidos, puliéndolos, esmerándolos, refinándolos para luego organizarlos en un discurso que exprese la idea o el sentir primigenio. Me parece muy importante, tanto en la enseñanza como en la creación coreográfica, transitar por estos nuevos caminos y no utilizar la pantalla para reproducir lo ya hecho. La pantalla como sustituto es muy ingrata con la danza ¡nunca refleja lo que es más importante!

Todos sabemos que es imposible sustituir la presencia del espectador en las artes escénicas: en la pantalla no se puede vivir lo que es la esencia de la danza, sentir el flujo energético de un cuerpo a otro, donde las células de un cuerpo son las que imprimen las células del otro cuerpo, para después pasar al intelecto. Imposible generar el ámbito sagrado que existe en toda representación escénica, cuando se brindan las vivencias interiores, se expone el ser y se ofrece íntegro para compartir con el otro los misterios de la vida.

Insistir y profundizar en el aspecto humanístico de nuestro quehacer en la danza me parece fundamental, muy importante en este momento de aislamiento general. Esto con el fin de eliminar la desconfianza hacia el otro y poder crear resiliencia a esta terrible situación que estamos viviendo. Una vez más hay que insistir en que la danza, como todas las artes, es motor de desarrollo de la sociedad y que entonces no tenemos que pensar individualmente ni crear para uno mismo sino para los otros y con los otros, aunque estos no estén. Inventar nuevos caminos a partir de la ausencia, pero de la ausencia cargada de presencia, llena de vida. La ardua tarea es buscar estos nuevos lenguajes que correspondan a un nuevo estilo de vida y a la reconstrucción de la sociedad toda, que urgentemente necesita restablecer sus paradigmas vitales. La danza puede ser uno de



los mejores instrumentos en esta reconstrucción, puesto que traspasa fronteras y su lenguaje es universal.

La clave es transformar, no adaptar, a través del arte; transformar la sociedad toda: el *modus vivendi*, el modelo económico,

el modelo político. Crear un nuevo orden mundial. Creo que los artistas, a través de nuestra enseñanzas y de nuestras creaciones, podemos echar unos granitos de arena. Unos, pero muy significativos, en esta enorme tarea de reconstrucción que nos espera al terminar la pandemia del SarsCov2. ■